

Seattle: una satisfacción merecida

Arcadi Oliveres y Gemma Xarles*

LA GLOBALIZACIÓN DE LA PROTESTA

El fracaso de la reunión cumbre de la Organización Mundial de Comercio (OMC) que tuvo lugar en Seattle (Estados Unidos) entre el 30 de noviembre y el 3 de diciembre de 1999 ha constituido para la mayoría de la población mundial uno de los mejores regalos de los últimos años. En efecto, de una o de otra manera las protestas que se produjeron a lo largo de la celebración de la citada conferencia eran la expresión del descontento por el actual funcionamiento de la economía mundial. Descontento frente a un sistema de relaciones internacionales que enriquece a unos países y que empobrece a otros, descontento frente a un sistema productivo insostenible a largo plazo, descontento frente a unas formas distributivas que tanto en el Norte como en el Sur privilegian tan sólo a determinados grupos de población, descontento frente a una previsible homogeneización cultural bajo la batuta anglosajona, descontento frente al poderío ilimitado de las compañías transnacionales, y descontento frente a la posición actual del militarismo como gendarme del orden establecido. Seguramente no todo lo anterior era culpa de la OMC, pero sí que era el momento de manifestar públicamente el desacuerdo con este estado de cosas.

Y sin lugar a dudas, el desacuerdo se hizo público en la calle, en los foros alternativos, en los medios de comunicación y en las redes informáticas. En las calles de Seattle hubo manifestaciones diarias promovidas por cada uno de los movimien-



Conferencia de la Organización Mundial de Comercio.

tos sociales y el día 30 de noviembre en particular se convocó una de carácter general en la que participaron entre 30.000 y 45.000 personas según la fuente. En total, y de acuerdo con las informaciones publicadas, durante toda la semana el total de manifestantes se pudo estimar en unos 100.000 que en su

* Economistas, miembros de *Justícia i Pau*. Barcelona, Diciembre de 1999.

Seattle: una satisfacción merecida

inmensa mayoría lo hicieron de una forma no violenta, lo cual no impidió que una gran parte de los medios de comunicación reflejara especialmente las roturas de cristales y los incendios provocados por algunos pequeños grupos. La respuesta policial a tales protestas fue en cualquier caso desmesurada, retardadora y rozando la ilegalidad constitucional estadounidense dado que la primera enmienda a su constitución consagra la libertad de expresión y de reunión. Los casi 700 detenidos de la semana demuestran que al poder, aunque sea el del país donde oficialmente más se protege a las libertades, no le gustan las disidencias peligrosas.

Pero tal como decíamos el desacuerdo se hizo público también en los foros alternativos organizados por distintos movimientos sociales tales como sindicatos, agricultores, pacifistas, ambientalistas, defensores de los derechos humanos, ONG de desarrollo, iglesias, estudiantes etc. En tales foros se defendían los respectivos intereses, en ocasiones parcialmente contradictorios, pero siempre con la voluntad de abrirse a los demás y con el elemento común de protesta frente al sistema económico.

En general podemos decir que tal protesta tuvo como mínimo tres connotaciones positivas: la primera es que su eje central se situó en una de las ciudades más ricas de Estados Unidos y especialmente en los últimos años, una de las supuestas grandes beneficiarias del sistema que ahora se criticaba, la segunda deriva de su carácter claramente intersectorial y si quiere interclasista y la tercera, facilitada ampliamente por internet, la constituye su dimensión internacional dado que en absoluto se limitó a Seattle sino que se extendió por el resto del mundo como pudieron comprobar, entre otros, los asiduos de la Bolsa de Barcelona.

LA CUMBRE DE LA OMC COMO OPORTUNIDAD A APROVECHAR

Aunque ya hemos dicho antes que la OMC no era la única responsable de una economía mundial desequilibrada y despilfarradora, lo que sí que es cierto es que tanto su estruc-



tura organizativa como sus posibles agendas de trabajo se pres-
tan claramente a una crítica severa. Si a ello le añadimos su
carácter mundial, no resultará difícil entender que haya sido
elegida como símbolo ingrato de la globalización.

En efecto, desde el punto de vista organizativo, su exis-
tencia al margen del sistema de Naciones Unidas, la confusión
entre sus poderes legislativo, ejecutivo y judicial, su falta de
transparencia, el sometimiento a presiones de potentes actores
económicos, como por ejemplo la Cámara de Comercio Inter-
nacional, el tratamiento de las cuestiones más sensibles en fo-
ros «informales» a los que no son invitados los países del Sur, y
la voluntad de adoptar competencias en ámbitos más que du-
dosos (biotecnología y transgénicos, libertad absoluta de circula-
ción de servicios culturales, control severo de la propiedad
intelectual en sectores básicos como el de los medicamentos,
etc.), son elementos que ponen fácilmente en duda la legítimi-
dad de la OMC.

Las agendas de trabajo fueron probablemente el elemento
central del fracaso de la cumbre al no llegarse a acuerdos con-
cretos sobre ella que hubieran posibilitado la puesta en marcha
de la llamada «Ronda del Milenio». Este fracaso hay que bus-
carlo a nuestro modo de ver en dos razones principales: las
diferencias de intereses entre el Norte y el Sur y la presión de la
opinión pública, y en una de secundaria: las rivalidades entre
Estados Unidos, la Unión Europea y el Japón.

Las rivalidades entre Estados Unidos y la Unión Europea
vienen ya de los tiempos de la Ronda Uruguay cuando todavía
nos hallábamos en el ámbito del GATT y no había ni tan sólo
nacido la OMC. Como ya sucedió entonces, el elemento bási-
co de la discusión fue la protección agraria comunitaria, consi-
derada desleal por los Estados Unidos y por los grandes pro-
ductores agrarios agrupados en el llamado «grupo de Cairns». El
ritmo de puesta en marcha de un acuerdo para la libertad de
inversiones constituyó asimismo otro de los elementos de
debate entre las dos grandes zonas comerciales. Por lo que se
refiere al Japón sus quejas se centraban básicamente en las lla-
madas «tasas antidumping» aplicadas por los Estados Unidos y
que no dejan de significar un proteccionismo más o menos
solapado. Pese a todo lo dicho, los países citados más otros de
desarrollados, es decir el conjunto de los países de la Organiza-
ción para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE),



¿Quiénes son estos hombres enmascarados?
Manifestantes que volvieron preparados
contra los ataques de gas SPD.

llegaron en Seattle a consensuar un principio de acuerdo que
no llegó a aprobarse en razón de la oposición de los países del
Sur.

La oposición de los países del Sur, convenientemente agru-
pados en el llamado «Grupo de los 77», fue uno de los dos
elementos básicos del fracaso de la cumbre y a ello contribuye-
ron varios factores. En primer lugar los dudosos resultados que
para el mundo en desarrollo han tenido los acuerdos de la Ronda
Uruguay, ya que no se han desmantelado las políticas de sub-
venciones agrarias por parte de los países del Norte, mientras
que se han liberalizado sin ninguna cautela los servicios finan-
cieros, las telecomunicaciones y las tecnologías de la informa-
ción, al tiempo que paradójicamente se han reforzado los dere-
chos de los poseedores de patentes de propiedad intelectual. En
segundo lugar resultaban igualmente sospechosos para los
países del Sur los temas que se querían incluir en las nuevas
negociaciones y que se referían a la libertad de inversiones
—suficientemente conocida después del fiasco de la escandalo-
sa propuesta del Acuerdo Multilateral de Inversiones realizada
por la OCDE en 1998—, a las llamadas reglas de competencia
que en aras de una teórica destrucción de monopolios internos

van a permitir la instalación de grandes empresas transnacionales en los países del Tercer Mundo, y el acceso a los mercados públicos que para los países del Sur supone el beneficio para las empresas internacionales de una parte muy importante de su gasto público. Y en tercer lugar las amenazas de tasas «anti-dumping social» que el Norte quiere imponer mediante la OMC cuando en realidad los temas sociales y de legislación laboral deberían ser tratados por la Organización Internacional del Trabajo (OIT). Curiosamente, en Seattle el presidente Clinton firmó una de las principales convenciones de la OIT, cuando hasta ahora los Estados Unidos habían demostrado especial interés por las mismas.

Como ya hemos señalado una opinión pública disconforme estuvo en todo momento presente en la cumbre de Seattle, tanto para impedir en lo posible la realización física de la conferencia, objetivo obviamente imposible en el que se hicieron sin embargo verdaderos alardes, como para proponer un replanteamiento en la posible agenda de negociaciones. Contrariamente a lo que algunos comentaristas han dicho, no se quería destruir al árbitro del comercio mundial (la OMC) sino que se quería que éste fuese neutral. Y para ello hacía falta insistir en las desventajas comerciales ya señaladas para los países del Sur, en las consecuencias mediambientales, alimentarias y sanitarias de un libre comercio para el que no son posibles ningún tipo de barreras, en el peligro de las patentes transgénicas y biotecnológicas, en el monopolio estadounidense sobre el comercio electrónico, en la enorme codicia de las compañías transnacionales, en la necesidad de preservar los derechos adquiridos por los trabajadores, y en la voluntad al fin y al cabo de que las personas individual y colectivamente estén por encima de la economía.

UNA MUESTRA DEL FUTURO NO ES EL FUTURO EN SÍ MISMO

Edgar Morin afirmó el 7 de diciembre en *Le Monde* «El siglo XXI ha empezado en Seattle», lo cual evidentemente

tan sólo el transcurso del tiempo va a confirmar. Lo que parece cierto sin embargo es que Seattle ha sido una «anomalía» respecto a las vivencias económicas de los últimos veinte años. Se ha emitido un grito, hasta cierto punto unánime, de rechazo y de disconformidad hacia un capitalismo que, lejos de la presentación hipócritamente triunfante que tuvo ahora hace diez años con motivo de la caída del muro de Berlín, se nos aparece como lo que ha sido siempre: un elemento de explotación del hombre por el hombre, causante de una notable violencia estructural y de un mayor número de víctimas que las originadas por todas las posibles catástrofes naturales simultáneas y responsable al fin y al cabo de la expresión mínima de dignidad humana que vemos en muchas partes del planeta.

El mencionado grito espantó quizás a los representantes en la OMC, e interrumpió sus quehaceres, pero no por ello eliminó su programa de trabajo. En Ginebra, sede de la OMC, van a empezar pronto las negociaciones de la agenda de la Ronda del Milenio, eso sí con los cambios cosméticos que hagan falta. En este sentido el propio presidente Clinton ya expresó en Seattle su «simpatía» por algunas de las reivindicaciones que allí se presentaron y con ello no hizo nada más que seguir la sabia máxima de «intenta integrar a tu rival».

Esta falaz integración puede ser ahora el mayor peligro para las reivindicaciones formuladas frente a la OMC. Para evitarlo será necesario en primer lugar conocer y desmenuzar los mecanismos perversos de las relaciones económicas, denunciar en segundo lugar frente a la opinión pública a los agentes de tales relaciones, presionar en tercer lugar a las administraciones públicas para que se coloquen al servicio de los ciudadanos, cambiar en cuarto lugar nuestros hábitos de consumo y de inversión, intentar en quinto lugar la creación de sistemas productivos, distributivos y financieros de carácter alternativo, y dotar en sexto lugar a todo ello de un enfoque y una voluntad intersectorial e internacional. Que el siglo XXI haya empezado en Seattle no será fácil, pero avanzar en estas prioridades hará probablemente que tampoco resulte imposible.